

El valle de los sueños

Stanley Grauman Weinbaum

Valley of dreams, Stanley G. Weinbaum. Copyright 1934 by Continental Publications, Inc., para «Wonder Stories», noviembre de 1934. Traducción de Mariano Orta. En: «Lo mejor de Stanley G. Weinbaum», Ediciones Martínez Roca S.A., primera edición en 1977.

El capitán Harrison de la expedición *Ares* se apartó del pequeño telescopio colocado en la proa del cohete.

_Dos semanas como máximo _comentó_. Marte sólo retrograda setenta días con relación a la Tierra. Si no aprovechamos este período para volver a casa, habremos de esperar año y medio a que la vieja madre Tierra dé la vuelta alrededor del Sol y nos atrape de nuevo. ¿Qué te parecería pasar un invierno aquí?

Dick Jarvis, químico del equipo, se estremeció al alzar la mirada de su libro de notas.

_Preferiría pasarlo en un tanque de aire líquido _respondió_. Estas noches veraniegas a treinta y cinco grados bajo cero son demasiado para mí.

_De todas maneras _rezongó el capitán_, la primera expedición con éxito a Marte debe estar de vuelta a casa muchísimo antes.

_Será con éxito, si llegamos a casa _corrigió Jarvis_. No confío nada en estos caprichosos cohetes, no confío en ellos desde que la semana pasada la nave auxiliar me dejó plantado en el mismo centro de Thyle. Empiezo a tomarle gusto a eso de salir a trompicones de una nave.

_Eso me recuerda _interrumpió Harrison_ que debemos recobrar tus películas. Son importantes, si queremos sacar provecho a este viaje. ¿Recuerdas cómo el público se agolpaba para ver las primeras películas sobre la Luna? Las nuestras abarrotarán todos los locales. y hay que contar también con los derechos que pagará la radio. Será una buena ayuda para la Academia.

_Lo que me interesa _replicó Jarvis_ es mi provecho personal. Por ejemplo, un libro; los libros de exploración siempre se hacen populares. ¿Qué te parecería el título de *Cita en Marte*?

_¡Una estupidez! _gruñó el capitán_. Suena casi como «te espero el martes». Mejor sería *Los amores de un marciano* o algo por el estilo.

_De cualquier modo _repuso Jarvis, con una sonrisa_, si alguna vez volvemos a casa, voy a sacar todo el provecho que pueda y nunca, nunca, me alejaré de la Tierra a mayor distancia de la que me lleve un buen avión estratosférico. He aprendido a apreciar nuestro planeta después de zancajear por esta píldora seca donde nos encontramos.

_Apostaría algo a que dentro de un par de años estarás aquí de nuevo _repuso burlonamente el capitán_. Querrás hacerle una visita a tu camarada, a ese fantástico avestruz_

._¿Tweel? _Jarvis adoptó un tono más serio_. La verdad es que me gustaría no haberlo perdido. Era un buen ojeador. A no ser por él nunca habría sobrevivido a la bestia de los sueños. Y en la batalla con aquellos monstruos de las carretillas, ni siquiera habría tenido la oportunidad de darle las gracias.

_¡Buen par de chiflados! _comentó Harrison. Miró por la claraboya el fulgor gris del Mare Cimmeriun_. Ya sale el sol, _Hizo una pausa_. Escucha Dick, tú y Leroy vais a salir con la otra nave auxiliar para recuperar las películas.

Jarvis se quedó mirando, asombrado.

_¿Yo y Leroy? _preguntó sin mucha urbanidad_. ¿Por qué no Putz y yo? A un ingeniero le sería más fácil llegar hasta allí y saber regresar si el cohete empieza a fallar.

El capitán señaló con la cabeza hacia la popa de donde salía en aquel momento una mezcla de golpes y exclamaciones guturales.

_Putz está revisando las entrañas de Ares _anunció_. Estará ocupado hasta que nos marchemos, porque quiero que revise hasta la más pequeña de las tuercas. Una vez hayamos despegado no habrá reparación que valga.

_¿Y si Leroy y yo nos estrellamos? Se trata de nuestra última nave auxiliar.

_Pues te buscas otro avestruz y vuelves a pie _sugirió Harrison enfurruñado. Luego sonrió_. Si tenéis problemas, os rescataremos en el Ares _concluyó_. Esas películas son importantes. _Dio media vuelta_. ¡Leroy!

El atildado y bajito biólogo apareció con rostro interrogativo.

_Tú y Jarvis vais a pilotar la nave auxiliar _dijo el capitán_. Todo está a punto y será mejor que partáis inmediatamente. Llamad a intervalos de media hora; estaré a la escucha.

Los ojos de Leroy relucieron.

_Quizá debiéramos posarnos para recoger ejemplares, ¿no? _preguntó.

_Hacedlo si queréis. Esta pelota de golf parece bastante segura.

Excepto en lo que se refiere a la bestia de los sueños –masculló Jarvis con un débil estremecimiento. De pronto frunció el ceño: Oye, puesto que vamos en esa dirección, ¿qué te parece si echamos un vistazo en busca del hogar de Tweel? Debe de vivir por allí y es lo más importante que hayamos visto en Marte.

Harrison vaciló.

«Si estuviese seguro de que no os vais a meter en un lío...» masculló. Está bien, decidió, echad un vistazo. Hay comida y agua a bordo de la nave auxiliar; podéis tomaros un par de días. Pero manteneos en contacto conmigo.

A través de la cámara de descompresión, Jarvis y Leroy salieron a la gris llanura. El tenue aire, todavía escasamente caldeado por el Sol, que ascendía en el firmamento, mordía la carne y los pulmones como agujas. Los dos hombres jadeaban con una sensación de asfixia. Se sentaron, aguardando a que sus cuerpos, entrenados por meses de aclimatación allá en la Tierra, se acomodaran a aquel aire tan sutil. La cara de Leroy, como siempre, tomó un tinte azulado de sofocación y Jarvis se oía a sí mismo respirar de un modo sibilante y confuso. Al cabo de cinco minutos, la molestia pasó; se levantaron y penetraron en el pequeño cohete auxiliar que descansaba junto al negro casco del Ares.

Las turbinas posteriores rugieron su fiera descarga atómica; suciedad y fragmentos de biópodos despedazados salieron despedidos en una nube cuando el cohete cobró altura. Harrison vio cómo el proyectil trazaba su camino llameante hacia el sur. Luego volvió a su trabajo.

Transcurrieron cuatro días antes de que volviesen a ver el cohete. Justo al atardecer, cuando el Sol se hundía tras el horizonte con la prontitud de una vela que cae en el mar, la nave auxiliar surgió desde los cielos sureños y se posó suavemente entre las llamaradas de los cohetes de frenado. Jarvis y Leroy emergieron, pasaron entre la polvareda y comparecieron ante él. Examinó a los dos. Jarvis estaba arañado y con la ropa hecha jirones, pero aparentemente en mejores condiciones que Leroy, cuya pulcritud había desaparecido por completo. El bajito biólogo estaba tan pálido como la luna más próxima que relucía fuera; llevaba un brazo en cabestrillo y sus ropas colgaban hechas pedazos. Pero fueron sus ojos los que impresionaron más vivamente a Harrison. Alguien que, como él, había compartido aquellos días trabajosos con el bajito francés, reconocía algo muy raro en sus ojos. Reflejaban un profundo temor, cosa extraña, puesto que Leroy no era cobarde o de lo contrario no habría sido uno de los cuatro seleccionados por la Academia para la primera expedición marciana. Pero aún había algo más sutil en su mirada: la extraña fijeza de alguien que está en trance, tal vez en éxtasis. «Como un hombre que ha visto el cielo y el infierno juntos», se dijo Harrison. Pero todavía le quedaba por descubrir hasta qué punto tenía razón.

Asumió una actitud de aspereza cuando la cansada pareja tomó asiento.

«¡Vaya par de elementos!» gruñó. No debí arriesgarme a dejaros salir solos. Hizo una pausa. ¿Tienes el brazo bien, Leroy? ¿Necesitas alguna atención?

Jarvis contestó por él:

«Está bien..., simplemente acuchillado. Creo que no hay peligro de infección; Leroy dice que no hay microbios en Marte.»

_¡Bueno _estalló el capitán_, hablad de una vez! Vuestros informes por radio eran absurdos. «¡Escapados del paraíso!» ¡Vaya una tontería!

_No quería dar detalles por radio _dijo Jarvis lacónicamente_. Hubieras pensado que habíamos enloquecido.

_Y lo sigo pensando. _Yo también _masculló Leroy_, yo también.

_¿Debo empezar desde el principio? _preguntó el químico_. Nuestros primeros informes eran bastante completos.

Se quedó mirando a Putz, que había entrado silenciosamente con la cara y las manos manchadas de grasa y que se había sentado junto a Harrison.

_Desde el principio _decidió el capitán.

_Bien _empezó Jarvis_, despegamos sin novedad y volamos hacia el sur a lo largo del meridiano del Ares, con el mismo rumbo que seguí la semana pasada. El angosto horizonte ya me era familiar y no me sentía encerrado en una gran ponchera, pero uno sigue cometiendo el error de sobreestimar las distancias. Acostumbrado a la curvatura terrestre diez kilómetros parecen veinte y eso hace que veas el tamaño cuatro veces mayor. Una insignificante colina parece una montaña hasta que la tienes debajo.

_Ya lo sé _gruñó Harrison.

_Sí, pero Leroy lo ignoraba y empleé el primer par de horas tratando de explicárselo. Cuando lo comprendió, si es que por fin lo ha comprendido, habíamos sobrevolado Cimmerium y parte del desierto de Xanthus. Cruzamos luego el canal con la ciudad y alcanzamos el punto donde Tweel había disparado contra la bestia de los sueños. Pierre sugirió que nos posáramos para que él pudiese practicar su biología sobre los restos. Y es lo que hicimos.

»La cosa seguía allí sin ningún signo de descomposición. Claro que no podía haberla sin formas bacteriales de vida, y Leroy dice que Marte es tan aséptico como una mesa de operaciones.

_Como el corazón de una solterona _corrigió el bajito biólogo, que estaba empezando a recuperar rasgos de su acostumbrada energía.

_Sin embargo _prosiguió Jarvis_, casi un centenar de los pequeños biópodos verdigrises se habían apresurado a lanzarse sobre la cosa y estaban creciendo y echando ramas. Leroy encontró un palo y los espantó. El conjunto se disgregó y los biópodos salieron arrastrándose en todas direcciones. De esta forma Leroy pudo curiosear alrededor de la criatura mientras yo me mantenía apartado; incluso muerto, aquel diablo de brazos como cuerdas me ponía la carne de gallina. Y entonces sobrevino la sorpresa: ¡aquella cosa era en parte planta!

_¡Es verdad! _confirmó el biólogo.

_Era un primo grande de los biópodos _continuó Jarvis_. Leroy estaba muy excitado; tiene la idea de que toda la vida marciana es de ese tipo: medio planta, medio animal. Mantiene que la vida nunca se diferenció, que todo tiene en sí ambas naturalezas, incluso las criaturas barril, incluso Tweel. Creo que lleva razón, especialmente cuando recuerdo cómo descansaba Tweel, metiendo el pico en el suelo y permaneciendo así toda la noche. Jamás le vi comer o beber; quizá su pico era una especie de raíz y él se alimentaba de ese modo.

_Me parece un disparate _comentó Harrison.

_Bien _continuó Jarvis_, Leroy siguió estudiando el comportamiento de la hierba ambulante y recogió algunas muestras. Regresamos a la nave y estábamos dispuestos a despegar cuando un desfile de las criaturas barril apareció en dirección nuestra con sus carretillas. No me habían olvidado; todos atronaban «Somos amigos, ay» lo mismo que habían hecho antes. Leroy quería capturar uno para diseccionarlo, pero le recordé la batalla que Tweel y yo habíamos tenido que reñir contra ellos, y me opuse. Aun así Leroy dio con una posible explicación de lo que hacían con los desechos que recogen.

_Me imagino que tartas de barro _gruñó el capitán.

_Poco más o menos _convino Jarvis_. Leroy piensa que los utilizan como comida. Mira, si son en parte vegetales, eso es lo que necesitan: tierra con restos orgánicos que la hagan fértil. Por eso recogen arena y biópodos y otras plantas, todo junto. ¿Comprendes?

_Un poco _contestó Harrison_. ¿y qué me dices de los suicidios?

_También sobre eso tiene Leroy su conjetura. Los suicidas saltan a la trituradora cuando la mezcla tiene demasiada arena y gravilla; se arrojan para equilibrar las proporciones.

_¡Asquerosos! _dijo Harrison con repugnancia_. ¿No podrían traer algunas ramas más de fuera?

_El suicidio es más fácil. No es posible juzgar a estas criaturas por las normas de la Tierra, Probablemente no sienten dolor y no tienen lo que nosotros llamamos individualidad. Cualquiera que sea la inteligencia que posean, es propiedad de toda la comunidad, como en un hormiguero. ¡Eso es! Las hormigas están deseando morir por su hormiguero; también estas criaturas.

_Y algunos hombres _comentó el capitán_, si venimos a eso.

_Sí, pero los hombres no se muestran precisamente ansiosos. Necesitan estar motivados por alguna emoción, como el patriotismo, para ofrecer su vida; estos seres lo hacen con toda naturalidad en la vida ordinaria.

Marcó una pausa, reflexionando. Continuó:

_Bien, tomamos algunas fotos de la bestia de los sueños y de las criaturas barril, y luego despegamos. Sobrevolamos Xanthus, manteniéndonos tan cerca del meridiano de Ares como nos era posible, y muy pronto cruzamos el rastro del constructor de pirámides. Rastreamos hasta dar con él y nos posamos. Aquel extraño ser había completado dos hileras de ladrillos desde que Tweel y yo lo dejamos. Seguía aspirando silicio y exhalando ladrillos como si tuviese toda la eternidad para hacerlo, como era en efecto. Leroy quiso diseccionarlo con una bala explosiva, pero yo pensé que algo que llevaba viviendo diez millones de años tenía derecho a ser respetado y le disuadí. Curioseé el interior de la construcción trepando al muro que iba creciendo y casi queda fuera de combate al rozarle el brazo que enarbolaba un ladrillo. Aproveché para arrancar unos pedacitos de aquel brazo, lo que no molestó a la criatura en lo más mínimo. Halló el sitio donde yo había arañado a mi vez, y trató de ver si había alguna señal de curación. Decidió que sólo podría decirlo con seguridad dentro de dos mil o tres mil años. Así pues, hicimos unas cuantas fotos y emprendimos el vuelo.

»A media tarde localizamos los restos de mi anterior cohete. Todo seguía en su sitio. Recogimos las películas y traté de pensar en lo que convendría hacer a continuación. Yo quería encontrar a Tweel si era posible. Me figuraba, por el hecho de haber apuntado hacia el sur, que vivía en algún sitio cerca de Thyle. Comprobamos nuestro derrotero y juzgué que el desierto en que nos hallábamos era Thyle Dos; Thyle Uno debía de estar al este de nosotros. Así, por una corazonada, decidimos echar un vistazo a Thyle Uno.

_¿Y los motores? _preguntó Putz, interrumpiendo su largo , silencio.

_Por milagro, no tuvimos el menor fallo, Karl. Tu obra: funcionó perfectamente. Así pues, nos elevamos lo bastante alto para obtener una visión más amplia, yo diría que a unos quince mil metros. Thyle Dos se extendía como una alfombra anaranjada y al cabo de un rato llegamos a la rama gris del Mare Chronium que lo limita. Era un paso estrecho; la cruzamos en media hora y allí estaba Thyle Uno: un desierto del mismo matiz naranja que su compañero. Pusimos proa al sur, hacia el Mare Australe, y seguimos el borde del desierto. Se acercaba la puesta del sol cuando estalló la sorpresa.

_¿Estalló? _repitió Putz_, ¿Qué es lo que estalló?

_El desierto, el desierto que estallaba de edificios. Nada de las sucias ciudades de los canales, aunque un canal pasaba por allí. Por el mapa nos figuramos que el este era una continuación del que Schiaparelli llamó Ascanius.

»Volábamos demasiado alto para ser visibles a los habitantes de la ciudad y por lo mismo no podíamos echarle un buen vistazo, ni siquiera con los anteojos. Sin embargo, se acercaba la puesta de sol y decidimos no posarnos allí. Describimos un círculo sobre el lugar; el canal desembocaba en el Mare Australe y allí, reluciendo al sur, estaba el casquete polar derritiéndose. El canal le servía de drenaje; podíamos distinguir el cabrilleo del agua. En dirección sudeste, justamente al borde del Mare

Australe, había un valle, la primera irregularidad que he visto en Marte excepto los acantilados que bordean Xanthus y Thyle Dos. Sobrevolamos el valle... _De pronto Jarvis hizo una pausa y se estremeció; Leroy, que había empezado a recobrar el color, pareció palidecer. El químico continuó_: Bueno, el valle tenía un buen aspecto... entonces. Simplemente una extensión gris probablemente llena de seres reptantes como los demás.

»Describimos otro círculo sobre la ciudad. Bien, he de deciros que aquello era simplemente gigantesco, colosal. Al principio creí que el tamaño se debía a la ilusión de la que os hablé antes, ya sabéis, la cercanía del horizonte, pero no era eso. La sobrevolamos y puedo aseguraros que nunca habéis visto nada igual.

»Pero el sol se ponía justamente en aquel momento. Comprendí que estábamos bastante al sur, latitud sesenta, pero no sabía lo que nos quedaba de noche.

Harrison miró un mapa de Schiaparelli.

_Conque sesenta, ¿eh? _dijo_. Poco más o menos lo que corresponde al círculo antártico, En esta estación tendríais aproximadamente cuatro horas de noche. Dentro de tres meses no tendríais noche en absoluto.

_¡Tres meses! _repitió Jarvis, sorprendido. Luego sonrió_. Claro, olvido que aquí las estaciones duran dos veces más que las nuestras. Bien, nos internamos unos cuarenta kilómetros en el desierto, lo que dejaba a la ciudad bajo el horizonte en caso de que nos despistásemos, y allí pasamos la noche.

»Tienes razón sobre el tiempo que dura. Tuvimos cuatro horas de obscuridad, lo que nos permitió descansar bastante bien. Tomamos el desayuno, te comunicamos nuestra posición y nos dispusimos a visitar la ciudad.

»Nos dirigimos a ella partiendo del este y vimos que se alzaba frente a nosotros como una barrera de montañas. ¡Cielos, qué ciudad! Quizá Nueva York tenga edificios más altos, quizá Chicago cubra mayor extensión, pero aquellas estructuras eran insuperables. ¡Algo gigantesco!

»Aquel lugar tenía un aspecto extraño. Vosotros sabéis cómo una ciudad terráquea se va extendiendo: una aureola de suburbios, un anillo de barrios residenciales, zonas con fábricas, parques, autopistas. Allí no había nada de aquello: la ciudad emergía del desierto de una manera tan brusca y repentina como un acantilado. Sólo unos montoncillos de arena marcaban la división y luego los muros de aquellas gigantescas estructuras.

»También la arquitectura era extraña. Había infinidad de construcciones que son imposibles en nuestro planeta, tales como edificios al revés, es decir, mayores en la cúspide que en la base. Éste sería un truco interesante en Nueva York, donde el valor del suelo es casi incalculable, pero para ponerlo en práctica, habría que trasladar allí la gravitación marciana.

»Bien, como no es muy fácil posar un cohete en la calle de una ciudad, descendimos

hasta la parte del canal que lindaba con la misma. Allí nos posamos, sacamos nuestras cámaras y pistolas y empezamos a buscar un paso en el muro de albañilería. No nos habíamos alejado ni tres metros del cohete cuando descubrimos la explicación de muchas de aquellas rarezas.

»¡La ciudad estaba en ruinas! Abandonada, desierta, muerta como Babilonia. O, por lo menos, así nos pareció entonces. Sus calles vacías, pavimentadas en otro tiempo, estaban recubiertas de una capa de arena.

_Una ruina, ¿eh? _comentó Harrison_. ¿De qué edad?

_¿Cómo podríamos decirlo? _replicó Jarvis_. La próxima expedición a esta pelota de golf deberá traer un arqueólogo... y un filólogo también, como descubrimos más adelante. Es un problema endemoniado calcular la edad de alguna cosa; todo se estropea tan lentamente que la mayoría de los edificios podrían haber sido inaugurados ayer. Nada de lluvia, nada de terremotos, ninguna vegetación que abra grietas con sus raíces, en fin, lo que se dice nada. Aquí los únicos factores de envejecimiento son la erosión causada por el viento, mínimo en esta atmósfera, y las grietas producidas por los cambios de temperatura. Y hay otro agente, los meteoritos. De vez en cuando deben de haber caído sobre la ciudad, casi sin defensa por lo tenue de la atmósfera. Recordad que hemos visto caer cuatro muy cerca del Ares.

_Siete _corrigió el capitán_. Tres más cayeron mientras estabais fuera.

_En cualquier caso, los daños causados por los meteoritos debieron de ser pequeños. Los meteoritos grandes deben de ser aquí tan raros como en la Tierra, porque, al fin y al cabo, siempre hay una atmósfera, y en cuanto a los pequeños, aquellos edificios podían resistir un auténtico chaparrón. A mi modo de ver, y puede que me equivoque en un gran porcentaje, esta ciudad tendría quince mil años. Aun así, sería miles de años más vieja que cualquier civilización humana. Hace quince mil años, nos encontrábamos en pleno paleolítico.

»Leroy y yo nos deslizábamos entre aquellos tremendos edificios sintiéndonos como pigmeos, llenos de un terror respetuoso y hablando en susurros. Resultaba espectral caminar por aquellas calles desiertas y sin vida; cada vez que atravesábamos una sombra nos estremecíamos y no precisamente porque las sombras son frías en Marte. Nos sentíamos como intrusos, como si nuestra presencia, aun transcurridos ciento cincuenta siglos, pudiera ofender a la gran raza que edificara la ciudad. El lugar estaba tan silencioso como una tumba, pero nosotros no dejábamos de imaginar cosas y de atisbar en las oscuras callejuelas y de mirar por encima del hombro. La mayor parte de las estructuras carecía de ventanas, pero cuando veíamos una abertura en aquellas enormes paredes no podíamos apartar la mirada, temerosos de que algo horroroso saliera de allí.

»Finalmente llegamos a un edificio con una gran puerta cuyos batientes había forzado la arena. Cuando hubimos hecho acopio de valor suficiente para echar un vistazo al interior, descubrimos que habíamos olvidado traer nuestras linternas. A pesar de ello avanzamos unos metros en la oscuridad y el pasaje desembocó en

un colosal vestíbulo. Muy por encima de nosotros, una pequeña hendidura dejaba penetrar una pálida claridad que no bastaba para iluminar el lugar. Aun así comprendimos que la sala era enorme. Le dije algo a Leroy y un millón de delgados ecos nos volvió rebotando desde la :obscuridad. Después ,de eso empezamos a oír otros sonidos: roces y susurros que sugerían la presencia de algo que se arrastrara muy cerca de nosotros. Una respiración contenida se destacó con mayor nitidez y algo negro y silencioso pasó entre nosotros y la rendija de luz.

"Entonces vimos tres pequeños puntos fosforescentes que refulgían a nuestra izquierda, Nos quedamos mirándolos y de pronto se apagaron los tres. Leroy gritó: «¡Son ojos! ¡Y lo eran! ¡Eran ojos!

»Nos quedamos petrificados unos momentos, mientras el grito de Leroy rebotaba entre las distantes paredes y los ecos repetían las palabras en extrañas voces opacas. Había murmullos, susurros, cuchicheos y sonidos como de una extraña risa contenida. Cuando los extraños ojos brillaron de nuevo en la oscuridad retrocedimos apresuradamente hacia la puerta.

»Nos sentimos mejor a la luz del sol. Leroy y yo cruzamos una mirada avergonzada, pero ninguno de los dos propuso echar otro vistazo al interior del edificio. Nos limitamos a empuñar nuestras pistolas y a seguir andando por aquella calle espectral.

»La calle se torcía, se bifurcaba y se subdividía. Yo iba registrando cuidadosamente nuestro rumbo, puesto que no podíamos correr el riesgo de perdernos en aquel laberinto gigantesco. Sin nuestros sacos térmicos, la noche acabaría con nosotros, aunque no lo hiciera aquello que estaba acechando en las ruinas. Poco a poco, noté que nos dirigíamos de vuelta hacia el canal; los edificios acababan y sólo había unas cuantas docenas de cabañas de mampostería. Parecían haber sido construidas con despojos de la gran ciudad. Empezaba a sentirme un poco desalentado, temiendo no encontrar ningún rastro de la gente de Tweel, cuando he aquí que, al doblar una esquina, le vi.

»Grité su nombre, pero él se limitó a mirarme. Comprendí que no era Tweel, sino otro marciano de su especie. Tweel era más alto y sus apéndices plumosos tenían un matiz más anaranjado. Leroy no cabía en sí de excitación; sin embargo, el marciano mantenía su cruel pico dirigido contra nosotros, por lo cual me adelanté como pacificador. Probé de nuevo: «¿Tweel?», pero no alcancé ningún resultado. Insistí una docena de veces, hasta que tuve que darme por vencido; no podíamos conectar.

»Leroy y yo nos dirigimos hacia las cabañas. El marciano nos seguía. Un par más se sumaron al cortejo y aun cuando les grité el nombre de mi amigo Tweel se limitaron a seguirnos mirando. Entonces se me ocurrió de pronto que tal vez mi acento marciano fuera muy defectuoso. Me detuve y procuré trinar como la hacía Tweel:

«T-r-r-rweee-r-r-l». Algo así.

»Y aquello dio resultado. Uno de ellos sacudió la cabeza y chilló

«T-r-r-rweee-r-r-l». Un momento más tarde, como una flecha disparada por un arco, Tweel vino lanzado desde las cabañas más próximas hasta clavarse sobre el pico delante de mí.

»Muchachos, ¡cómo nos alegramos de vernos! Tweel se puso a trinar y a gorjear como una granja en verano y empezó a dar saltos y a descender en picado. Yo le habría estrechado la mano, pero no se mantenía quieto el tiempo suficiente.

»Los demás marcianos y Leroy se limitaban a mirar. Al cabo de un rato, Tweel dejó de saltar y nos quedamos sin saber qué hacer. No podíamos decirnos gran cosa. Yo repetí su nombre unas cuantas veces y él me correspondió pronunciando el mío. Sin embargo, sólo estábamos a media mañana y parecía importante recoger toda la información posible sobre Tweel y la ciudad, por lo que sugerí que nos guiase por aquel sitio si no estaba muy ocupado. Le di a entender la idea señalando los edificios y apuntando luego a él ya nosotros.

»Por lo visto no estaba demasiado ocupado, porque cuando emprendió la marcha guiándonos con uno de sus saltos característicos, saltos que dejaban boquiabierto a Leroy, comprendimos que accedía a nuestra petición. Cuando llegamos a su altura, dijo algo así como «uno, uno, dos-dos, cuatro-no, no-sí, sí-roca-no respirar». Eso no parecía significar nada; quizás estaba procurando poner de manifiesto ante Leroy que sabía hablar inglés, o quizás estaba meramente repasando su vocabulario para refrescarse la memoria.

»Como quiera que fuese, el caso es que nos guiaba. En su negra bolsa tenía una especie de linterna, bastante buena para habitaciones pequeñas, pero inútil en algunas de las colosales cavernas que atravesamos. De diez edificios, nueve de ellos no significaban nada para nosotros, porque no eran más que cámaras vacías llenas de sombras, roces y ecos. No podía imaginarme su utilidad; no me parecían adecuadas para viviendas o para propósitos comerciales. Muy bien podían haber sido centrales eléctricas, pero, ¿para qué tantas? ¿y dónde estaban los restos de la maquinaria?

»El lugar era un misterio. Algunas veces Tweel se empeñaba en hacernos pasar por un vestíbulo donde muy bien habría podido haber un trasatlántico. Él parecía reventar de orgullo y nosotros nos quedábamos tan frescos. Como despliegue de potencia arquitectónica, la ciudad era colosal; como cualquier otra cosa, era pura locura.

»Pero vimos algo que nos impresionó. Tweel nos llevó al edificio en el que Leroy y yo habíamos penetrado en nuestra primera exploración, aquel de los tres ojos. Nos resistíamos un poco a entrar de nuevo, pero Tweel piaba y graznaba repitiendo «¡Sí, sí, sí». Acabó por convencernos y franqueamos la entrada observando nerviosamente si estaba aquella cosa que nos había vigilado. El vestíbulo era idéntico a los demás, lleno de murmullos, roces y sombras que se refugiaban en los rincones. Si la criatura de los tres ojos estaba todavía allí, debía de haberse escondido con las demás.

»Tweel proyectó la luz de su linterna contra la pared de modo que pudimos distinguir una serie de pequeñas hornacinas. Nos acercamos a la primera y Tweel enfocó la luz al interior. Al principio sólo acertamos a distinguir un espacio vacío, pero luego, acurrucado en el suelo descubrimos un ser desconcertante, una criatura repelente, pequeña, del tamaño de una rata. Tenía la carita más extraña y más diabólica que se pueda imaginar: orejas o cuernos puntiagudos y unos ojos satánicos que parecían chispear con una especie de inteligencia homicida.

»Tweel la vio también y lanzó un grito de cólera. La criatura se irguió sobre dos patas delgadas como alambres y escapó con un chillido medio aterrado, medio desafiante. Pasó como una bala junto a nosotros, hacia la obscuridad; al compás de su carrera, algo parecido a una capa ondeaba sobre su cuerpo. Tweel le chilló airadamente y profirió una aguda algarabía que sonaba como genuina rabia.

»Pero la cosa se había ido y fue entonces cuando mis ojos se posaron sobre el más espeluznante detalle que se pudiese imaginar: el sitio donde había estado acurrucada la rata era... ¡un libro! ¡Había estado acurrucada sobre un libro!

»Di un paso adelante. Y sí, había algún tipo de inscripción en las páginas: ondulantes líneas blancas, como el registro de un sismógrafo, sobre hojas negras que parecían hechas del mismo material que la bolsa de Tweel. Éste echaba chispas y silbaba encolerizado. Agarró el volumen y lo colocó en su sitio en una estantería llena de otros libros. Leroy y yo nos miramos estupefactos.

»¿Qué habría estado haciendo aquella pequeña criatura de rostro hostil? ¿Leía acaso o simplemente se dedicaba a roer las páginas? ¿O tal vez su presencia en la hornacina era meramente casual?

»Si se trataba de algún ser que, como nuestras ratas, destruía los libros, la cólera de Tweel se comprendía, pero, ¿por qué habría de impedir a un ser Inteligente, aunque fuese de una raza extraña, que leyese..., si es que estaba leyendo? No lo sé; comprobé que el libro no había sufrido daño alguno y tampoco vi ningún libro dañado entre los que hojeamos. Pero tuve la extraña corazonada de que, si conociésemos el secreto de la pequeña criatura de la capa, comprenderíamos el misterio de la enorme ciudad abandonada y de la decadencia de la cultura marciana.

»Tweel se calmó al cabo de un rato y siguió llevándonos por aquella tremenda sala. Había sido una biblioteca, creo; por lo menos había miles y miles de aquellos extraños volúmenes de páginas negras impresas con ondulantes líneas blancas. En algunos había también ilustraciones que representaban a gente de la raza de Tweel. Desde luego aquello era un detalle importante: indicaba que su raza construyó la ciudad e imprimió los libros. No creo que el mejor filólogo de la Tierra pueda traducir nunca una sola línea de esas inscripciones; fueron hechas por mentes demasiado distintas de las nuestras.

»Tweel podía leerlos, naturalmente. Gorjeó unas cuantas líneas, y entonces yo, con su permiso, escogí algunos libros, A unos él decía: «¡No, no!»; a otros: «¡Sí, sí!» Quizá retenía los libros que su pueblo necesitaba, o tal vez me dejaba tomar los que él creía más asequibles para nosotros. No lo sé; los libros están ahí fuera, en el

cohete.

»Después iluminó con su linterna la parte alta de las paredes, y vimos que estaban pintadas. ¡Cielos, qué pinturas! Se extendían hacia lo alto, misteriosas y gigantescas, hasta perderse en la negrura del techo. No pude comprender mucho el simbolismo de las pinturas de la primera pared; parecía ser un retrato de una gran asamblea de la gente de Tweel. Quizás estaba destinado a simbolizar la Sociedad o el Gobierno. Las de la pared siguiente eran más claras; mostraban criaturas trabajando en una máquina colosal y supuse que representaría la Industria o la Ciencia. La pared trasera, por lo que pude ver, estaba corroída en parte. Sospeché que la escena quería retratar el Arte, pero fue en la cuarta pared donde sufrimos una impresión que nos dejó casi deslumbrados.

»Creo que simbolizaba la Exploración o el Descubrimiento. Esa pared resultaba más visible, porque la luz que se filtraba por la rendija iluminaba la parte superior y la linterna de Tweel la parte inferior. Distinguimos una gigantesca figura sentada, uno de los marcianos con pico como Tweel, pero con todos los miembros sugiriendo pesadez, cansancio, Los brazos caían inertes sobre el sillón, el delgado cuello estaba encorvado y el pico descansaba sobre el cuerpo como si la criatura apenas pudiese soportar su propio peso. Delante de aquel ser había una extraña figura arrodillada. Al verla, Leroy y yo nos tambaleamos. A primera vista aquello era... ¡un hombre!

_¡Un hombre! _bramó Harrison_. ¿Has dicho un hombre?

_Dije a primera vista _replicó Jarvis_. El pintor había exagerado la nariz casi hasta darle la longitud del pico de Tweel, pero la figura tenía cabellos negros que le caían sobre los hombros y, en lugar de los cuatro dedos marcianos, tenía cinco en cada una de sus manos extendidas. Esa figura estaba arrodillada como adorando al marciano y sobre el suelo había algo que parecía un cesto lleno de alguna clase de comida en plan de ofrenda. Bien, el caso es que Leroy y yo creímos que nos habíamos vuelto locos.

_¡También Putz y yo creemos lo mismo! _rugió el capitán.

_Quizás estábamos locos todos _replicó Jarvis, dirigiendo una débil sonrisa al pálido rostro del bajito francés, que se la devolvió en silencio_. Lo cierto _continuó_ es que Tweel estaba graznando y apuntando a aquella figura arrodillada diciendo «¡Dick! ¡Dick!», por lo que era evidente que se daba cuenta de la semejanza... Y nada de chistes sobre mi nariz _advirtió al capitán_. Leroy hizo entonces un comentario importantísimo. Miró al marciano representado en la pintura y dijo: «¡Thoth! ¡El dios Thoth!»

_Exacto _confirmó el biólogo_. Como en Egipto.

_Sí _prosiguió Jarvis_, el dios egipcio de la cabeza de ibis, del largo pico. Tan pronto como Tweel oyó el nombre de Thoth, organizó una algarabía de trinos y graznidos. Se apuntaba a sí mismo y decía: «¡Thoth! ¡Thoth!» y luego ondeaba un brazo alrededor suyo y repetía lo mismo. Cierto que en otras ocasiones había hecho cosas

muy raras, pero esta vez los dos creímos comprender lo que quería decir. Estaba tratando de explicarnos que los de su raza se llamaban a sí mismos Thoth. ¿Veis adónde quiero ir a parar?

_Lo veo, lo veo perfectamente _dijo Harrison_. Tú crees que los marcianos hicieron una visita a la Tierra y que los egipcios conservaron este recuerdo en su mitología. Pues bien, estás equivocado: hace quince mil años no había civilización alguna en Egipto.

_¡Error! _protestó Jarvis_. Es una pena que no tengamos un arqueólogo con nosotros, pero Leroy me dice que hubo en Egipto una cultura de la edad de piedra, la civilización predinástica.

_Bueno, y aun así, ¿qué?

_Mucho. Todo en ese cuadro demuestra mi teoría. La actitud del marciano, pesado y cansado: es el esfuerzo que tiene que realizar al sufrir la gravitación terrestre. El nombre de Thoth. Leroy me dice que Thoth era el dios egipcio de la filosofía y el inventor de la escritura. ¿Os dais cuenta? Debió de ocurrírseles la idea al ver cómo los marcianos tomaban notas. Es demasiada coincidencia que Thoth tuviera pico y cabeza de ibis y que los picudos marcianos se llamen a sí mismos Thoth.

_Bueno, que me aspen. Pero, ¿qué me dices de la nariz de los egipcios? ¿Pretenderás afirmar que los egipcios de la edad de piedra tenían narices más largas que los hombres ordinarios?

_¡De ninguna manera! Simplemente que los marcianos, como es muy natural, hacían sus pinturas en forma marcianizada. ¿No tienden los seres humanos a relacionarlo todo con ellos mismos? Por eso los dugongos y los manatíes, ambos mamíferos sirénidos, dieron pie a los mitos de las sirenas: los marinos creían distinguir rasgos humanos en esos animales, Del mismo modo, el artista marciano, al pintar valiéndose de descripciones o de fotografías imperfectas, exageró con naturalidad el tamaño de la nariz humana hasta un grado que a él le parecía normal. Por lo menos esa es mi teoría.

_Una teoría como otra cualquiera _gruñó Harrison_. Lo que quiero saber es por qué volvisteis aquí con el aspecto de dos gallinas mojadas.

Jarvis se estremeció de nuevo y miró a Leroy. El bajito biólogo estaba recobrando algo de su acostumbrado aplomo, pero devolvió la mirada al químico con un estremecimiento.

_Ya llegaremos a eso _continuó este último_. Por el momento nos unimos a Tweel y a su gente. Pasamos con ellos casi tres días. No puedo enumerar con detalle todo cuanto observamos, pero resumiré los hechos más importantes y expondré nuestras conclusiones, que puede que no valgan gran cosa. Es difícil juzgar este mundo reseco con normas terrestres.

»Sacamos fotos de todo lo posible; incluso traté de fotografiar aquel gigantesco

mural de la biblioteca, pero a menos que la linterna de Tweel fuese extraordinariamente rica en rayos actínicos, no creo que pueda revelarse. y es una lástima, puesto que indudablemente es el objeto más interesante que encontramos en Marte, al menos desde un punto de vista humano.

»Tweel era un anfitrión muy cortés. Nos llevó a todos los sitios de interés, incluso a las nuevas distribuidoras de agua.

Los ojos de Putz se iluminaron al escuchar aquella expresión.

_¿Distribuidoras de agua? _preguntó_. ¿Para qué?

_Para el canal, naturalmente. Tienen que construir una toma de agua para traerla; eso es lógico. _Miró al capitán_. Tú mismo me dijiste que traer agua desde los casquetes polares de Marte al ecuador era equivalente a subirla por una colina de cuarenta kilómetros, porque Marte está achatado en los polos y ensanchado por el ecuador exactamente igual que la Tierra.

_Eso es verdad _convino Harrison.

_Bien _prosiguió Jarvis_, aquella ciudad era una de las estaciones relé para empujar el flujo. Su planta de energía era el único de los gigantescos edificios que parecía servir para un propósito útil, y valía la pena visitarla. Me gustaría que la hubieses visto, Karl; alguna idea te podrás formar por nuestras fotos. Se trata de una planta de energía solar.

Harrison y Putz se quedaron mirando con fijeza.

_¡Energía solar! _gruñó el capitán_. ¡Eso es primitivo!

Y el ingeniero añadió un enfático «sí» de asentimiento.

_No, no tan primitivo _corrigió Jarvis_. La luz del Sol se concentraba en un extraño cilindro situado en el centro de un gran espejo cóncavo de donde extraen una corriente eléctrica. La electricidad hace trabajar a las bombas.

_¡Un par térmico! _exclamó Putz.

_Eso parece razonable; podrás juzgar por las fotos. Pero la planta de energía tenía otras cosas extrañas. La más extraña era que la maquinaria no estaba atendida por la gente de Tweel, sino por algunas criaturas en forma de barril como las que vimos en Xanthus.

Miró las caras de sus oyentes. No hubo ningún comentario.

_¿Comprendéis? _continuó. Ante el silencio de la pareja, explicó_: Veo que no. Leroy se figuró que sí, pero no sé si justa o erróneamente. Él cree que los barriles y la raza de Tweel tienen un arreglo mutuo como..., bueno, como las abejas y las flores en la Tierra. Las flores dan néctar para las abejas; las abejas transportan el

polen entre las flores. ¿Os dais cuenta? Los barriles atienden los trabajos y la gente de Tweel construye el sistema de canales. La ciudad de Xanthus debió de haber sido una estación de bombeo; eso explica las misteriosas máquinas que vi allí. y Leroy cree además que no se trata de un convenio inteligente, al menos no por parte de los barriles, sino que es algo que se ha hecho durante tantos miles de generaciones, que se ha convertido en una cosa instintiva, en un tropismo, lo mismo que las acciones de las hormigas y las abejas. Esas criaturas se han habituado a ello.

_Tonterías _protestó Harrison_. ¿Cómo explicas entonces el motivo de que esté vacía esa gran ciudad?

_Desde luego. La civilización de Tweel está en decadencia; ese es el motivo. Es una raza que se extingue y, de los muchos millones que en otros tiempos debieron de haber vivido aquí, no quedan más que un par de centenares. Son una avanzadilla, destinada a cuidar de que siga fluyendo la fuente de agua del casquete polar; probablemente todavía existen unas cuantas respetables ciudades situadas a lo largo del sistema de canales, lo más seguro es que cerca de los trópicos. Es el último estertor de una raza, de una raza que alcanzó una cúspide cultural más alta que la del hombre.

_¿Cómo es eso? _dijo Harrison_. Entonces, ¿por qué se está muriendo? ¿Por falta de agua?

_No lo creo _respondió el químico_. Si mi conjetura en cuanto a la edad de esa urbe es acertada, quince mil años no significarían diferencia bastante en el suministro de agua..., ni cien mil años tampoco. Es otra cosa, aunque el agua sea indudablemente un factor.

_El agua _intervino Putz_. ¿Qué tiene eso que ver?

_Incluso un químico debería saberlo _se burló Jarvis_. Por lo menos en la Tierra. Aquí no estoy tan seguro, pero en la Tierra cada vez que descarga un rayo, electroliza cierta cantidad de vapor de agua convirtiéndolo en oxígeno y en hidrógeno que escapa al espacio porque la gravitación terrestre no puede retenerlo permanentemente. y cada vez que hay un terremoto, cierta cantidad de agua se pierde hacia el interior. Es un proceso lento, pero fastidiosamente seguro. _Se volvió hacia Harrison_. ¿Tengo razón, o no, capitán?

_La tienes _concedió el capitán_. Pero aquí, desde luego, no hay terremotos, no hay tormentas; la pérdida debe de ser muy pequeña. Entonces, ¿por qué está extinguiéndose la raza?

_La planta de energía solar es la respuesta _replicó Jarvis_. ¡Falta de combustible! ¡Falta de energía! No queda petróleo, no queda carbón, si es que Marte tuvo alguna vez una edad carbonífera, y no queda energía hidráulica, sólo las .gotas de energía que pueden extraer del Sol. Por eso se están muriendo.

_¿Con la ilimitada energía del átomo? _estalló Harrison_. Entonces es que no saben

nada sobre la energía atómica. Probablemente nunca lo supieron. Debieron de utilizar algún otro principio en sus viajes espaciales. Y si es así, ¿qué te hace suponer que su inteligencia está por encima de la humana? Al fin y al cabo, nosotros terminamos por lograr la fisión del átomo.

_Cierto. Pero teníamos una pista, ¿no? El radio y el uranio. ¿Creéis que habríamos aprendido alguna vez cómo proceder sin esos elementos? Ni siquiera habríamos sospechado que existía la energía atómica.

_Bueno, pero, ¿es que ellos no tienen...?

_No, no tienen. Tú mismo me dijiste que Marte sólo tiene el setenta y tres por ciento de la densidad de la Tierra. Incluso un químico puede comprender que eso significa una carencia de materiales pesados: nada de osmio, nada de uranio, nada de radio. No han tenido nunca la pista.

_Aun así, eso no prueba que estén más avanzados que nosotros. Si estuviesen más avanzados, habrían descubierto esa técnica de un modo u otro.

_Es posible _concedió Jarvis_. No estoy afirmando que no los sobrepasemos en algunos puntos. Pero en otros están muy por delante de nosotros.

_¿En cuáles, por ejemplo?

_Por lo pronto, socialmente.

_¿Eh, qué quieres decir?

Jarvis miró detenidamente a cada uno de sus compañeros. Vaciló.

_Me pregunto cómo os sentará lo que voy a decir _masculló_. Naturalmente, a cada cual le gusta más su propio sistema. _Frunció el ceño_. Mirad, en la Tierra tenemos tres tipos de sociedad, ¿no es así? y aquí hay un miembro de cada uno de esos tipos: Putz vive bajo una dictadura; Leroy es un ciudadano de la Sexta Comuna de Francia; Harrison y yo somos americanos, miembros de una democracia. Ahí tenéis: dictadura, democracia, comunismo, los tres tipos de sociedades terrestres. La gente de Tweel tiene un sistema distinto de cualquiera de los nuestros.

_¿Distinto? ¿Cuál es?

_El único que no ha probado ninguna nación terrestre: la anarquía.

_¡La anarquía! _estallaron a la vez el capitán y Putz.

_Exactamente.

_Pero... _Harrison chisporroteaba_. ¿Qué quieres decir con eso de que están por delante de nosotros? ¡Anarquía! ¡Qué estupidez!

_Una estupidez, sí _respondió Jarvis_. No digo que diera resultado con nosotros, con ninguna raza humana. Pero da resultado con ellos.

_Pero... ¡anarquía! _El capitán estaba indignado.

_Si lo piensas con calma _arguyó Jarvis a la defensiva_, si llega a funcionar la anarquía es la forma ideal de gobierno. Emerson decía que el mejor gobierno es el que gobierna menos, y lo mismo opinaban Wendell Phillips y creo que George Washington. y nunca podréis encontrar ninguna forma de gobierno que gobierne menos que la anarquía, que no es ningún gobierno en absoluto.

El capitán farfulló, irritado:

_¡Pero esto es... antinatural! ¡Incluso las tribus salvajes tienen sus jefes! ¡Incluso una manada de lobos tiene su guía!

_En todo caso _replicó Jarvis desafiante_, eso sólo demuestra que el gobierno es un artefacto primitivo. Con una raza perfecta no lo necesitaríais en absoluto; el gobierno es una confesión de debilidad, ¿no es así? Es una confesión de que parte, del pueblo no quiere cooperar con el resto y que se necesitan leyes para meter en vereda a los individuos que un psicólogo llama antisociales, Si no hubiera ninguna persona antisocial, criminales y gente de la misma calaña, ni leyes ni policía serían necesarias.

_¡Pero sí gobierno! ¡Se necesita gobierno! ¿Qué me dices de las obras públicas, de las guerras, de los impuestos?

_No ha habido ninguna guerra en Marte, a pesar de que le hayamos dado el nombre del dios de la guerra, Aquí las guerras no tienen objeto: la población es demasiado exigua y está demasiado dispersa. Además cada una de las comunidades debe cooperar para mantener el funcionamiento de los canales. Nada de impuestos, porque, al parecer, todos los individuos cooperan en la construcción de obras públicas, Nada de competencia que cause perturbación, porque cada cual puede bastarse a sí mismo en todo. Como he dicho, con una raza perfecta, el gobierno es totalmente innecesario.

_¿Y tú crees que los marcianos son una raza perfecta? _preguntó el capitán ceñudamente.

_Nada de eso, Pero llevan existiendo tantísimo tiempo más que los humanos, que han evolucionado, socialmente al menos, hasta el punto de no necesitar gobierno. Trabajan juntos, eso es todo. _Jarvis hizo una pausa_, Es extraño, ¿verdad? Es como si la naturaleza estuviera llevando a cabo dos experimentos, uno en nuestro planeta y otro en Marte. En la Tierra se pone a prueba una raza emocional y altamente competitiva en un mundo de abundancia; aquí se pone a prueba una raza pacífica y amistosa en un mundo desierto, improductivo e inhóspito. Todo aquí exige cooperación. Vamos, ni siquiera existe el factor que tantos trastornos causa en la Tierra: el sexo.

_¿Eh?

_Sí: la gente de Tweel se reproduce lo mismo que los barriles en las ciudades de fango; dos individuos hacen crecer un tercero entre ellos. Otra prueba de la teoría de Leroy de que la vida marciana no es ni animal ni vegetal. Además, Tweel fue un anfitrión lo bastante amable para dejarse examinar y el examen convenció a Leroy.

_Sí _confirmó el biólogo_. Es verdad.

_Pero, la anarquía _gruñó Harrison con repugnancia_. Nos convertiría en una píldora loca y medio muerta como este Marte.

_Habrían de transcurrir muchísimos siglos antes de que tuvieses que preocuparte por ello _sonrió burlescamente Jarvis. Prosiguió su narración_: Caminamos por aquella ciudad sepulcral, sacando fotos de todo. Y entonces _Jarvis hizo una pausa y se estremeció_, entonces se me ocurrió echar una mirada a aquel valle que habíamos divisado desde el cohete. No sé por qué. Cuando tratamos de empujar a Tweel en aquella dirección, organizó tal algarabía que creí que se había vuelto loco.

_Muy posible _rezongó Harrison.

_Así pues, nos dirigimos hacia allí sin él; se quedó gimiendo y gritando «¡No, no, no, Dick!», pero eso no hacía más que aumentar nuestra curiosidad, Saltaba sobre nuestras cabezas y se clavaba frente a nosotros para impedirnos avanzar. Aun así continuamos nuestro camino entre las ruinas hasta que se dio por vencido y nos acompañó desconsoladamente.

»El valle no estaba a más de dos kilómetros al sudeste de la ciudad. Tweel podría haber cubierto la distancia en veinte saltos, pero remoloneaba e iba despacio y seguía apuntando hacia la ciudad y gimiendo «¡No, no, no!» Por supuesto, yo le había visto hacer antes un montón de cosas disparatadas; estaba acostumbrado a ellas, pero era claro como la luz del día que estaba empeñado en que no viésemos aquel valle.

_¿Por qué? _inquirió Harrison.

_Preguntaste antes por qué hemos regresado como andrajosos cazadores furtivos _dijo Jarvis con un débil estremecimiento_. Ahora vas a saberlo. Rodeamos una pequeña colina rocosa que cortaba nuestro paso y cuando llegamos al otro lado Tweel dijo: «¡No respiran, Dick! ¡No respiran!» Aquellas eran las mismas palabras que utilizara para describir al monstruo de silicio; eran también las palabras que había utilizado para decirme que la imagen de Fancy Long, con la que casi había conseguido atraerme la bestia de los sueños, no era real. Recordaba aquello, pero entonces no tenía importancia para mí.

»Inmediatamente después, Tweel dijo: «Vosotros uno uno dos, él uno uno dos». Y entonces empecé a comprender. Con aquella frase me había hecho comprender que la bestia de los sueños me proponía lo que yo estaba pensando, esto es, que atraía a sus víctimas valiéndose de los propios deseos de éstas. Por consiguiente puse en

guardia a Leroy; me pareció que ni siquiera la bestia de los sueños podría ser peligrosa si estábamos advertidos y al acecho. Pues bien, me equivoqué.

»Cuando llegamos al borde del valle, Tweel giró la cabeza completamente, de forma que sus pies estaban hacia adelante, pero los ojos vueltos hacia atrás. Le horrorizaba mirar el valle. Leroy y yo miramos: simplemente una extensión gris y yerma como la que nos rodea, con el resplandor del casquete polar austral mucho más allá de su borde meridional. Aquella visión duró solamente un segundo. Inmediatamente después... ¡el paraíso!

_¿Cómo? _exclamó el capitán.

Jarvis se volvió hacia Leroy.

_¿Puedes describirlo? _preguntó.

El biólogo agitó las manos en un ademán de impotencia.

_Es imposible _susurró_. No tengo palabras.

_También a mí me deja mudo _masculló Jarvis_. No sé cómo decirlo; soy químico, no un poeta. El paraíso es la primera palabra que se me puede ocurrir, sin que quiera decir que sea la más acertada. Porque se trataba a la vez del paraíso y del infierno.

_¿Querrás hablar con sensatez?

_¡Como si algo de aquello tuviese sentido! En menos de un segundo el desolado yermo que se ofrecía a nuestros ojos se trocó en... ¡Dios mío! ¡No podéis imaginar lo que presenciamos! ¿Qué os parecería ver que todos vuestros sueños se hacen reales, que se realizan todos los deseos que habéis acariciado, que todo lo que habéis querido está allí a vuestro alcance?

_Me parecería muy bien _dijo el capitán.

_Pues todo eso tendrías. Pero no sólo tus deseos nobles, recuérdalo bien. Todo buen impulso, sí, pero también cualquier capricho maligno, todo pensamiento vicioso, todo lo que hayas deseado alguna vez, bueno o malo, Las bestias de los sueños son comerciantes maravillosos, pero carecen de sentido moral.

_¿Las bestias de los sueños?

_Sí. Todo un valle lleno de ellas. Centenares, supongo, millares quizá. Por lo menos las suficientes para desplegar un cuadro completo de tus deseos, incluso de todos los deseos olvidados que deben haberse relegado a tu subconsciente. Un paraíso en todos los sentidos, Vi a una docena de Fancy Long, con todos los vestidos con que la había admirado alguna vez y algunos otros que yo debía de haber imaginado. Vi a todas las mujeres hermosas que he conocido en algún tiempo y todas ellas procuraban captar mi atención. Vi todos los lugares deliciosos donde he deseado estar alguna vez, todos ellos metidos extrañamente en aquel vallecito. Y vi... otras

cosas. _Sacudió la cabeza secamente_. No todo puede decirse que fuera bonito. ¡Cielos! ¡Cuánto permanece de bestia en nosotros! Supongo que si todos los hombres pudieran lanzar una mirada a ese valle siniestro y ver, aunque sólo fuera una vez, toda la suciedad que hay escondida en ellos, el mundo saldría ganando. Después ,dí gracias a Dios por el hecho de que Leroy, e Incluso Tweel, viesen sólo sus propias imágenes y no las mías.

De nuevo Jarvis hizo una pausa y luego continuó:

_Me quedé mareado en una especie de éxtasis. Cerré los ojos y con los ojos cerrados, aún seguía viendo todo aquello. Aquel panorama hermosísimo, maligno, diabólico, estaba en mi mente, no en mis ojos. Así es como trabajan esos enemigos, por medio de la mente. Yo comprendía que se trataba de las bestias de los sueños; no necesitaba que Tweel se quejase diciendo «¡No respiran! ¡No respiran!», pero yo no podía retirarme. Sabía que era desafiar la muerte, pero valía la pena aunque sólo fuese por disfrutar un momento de la visión.

_¿Qué visión? _preguntó Harrison secamente.

Jarvis se sonrojó.

_No tiene importancia _dijo_. A mi lado oí a Leroy gritando «¡Yvonne! ¡Yvonne!» y comprendí que estaba tan atrapado como yo. Luchaba por recobrar mi cordura; no dejaba de decirme que debía detenerme y, sin embargo, estaba corriendo en derechura hacia la serpiente.

»Entonces algo distrajo mi atención: Tweel. Dio un enorme salto y lo vi lanzarse recto por encima de mí hacia... hacia aquello que me atraía. Su terrible pico apuntaba directamente al corazón de ella.

_¡Oh! _exclamó el capitán_. ¡El corazón de ella!

_No te preocupes ahora de eso. Cuando me repuse, la imagen había desaparecido y Tweel estaba enrollado en una maraña de negros brazos. No había conseguido alcanzar un punto vital en la anatomía de la bestia,. pero estaba defendiéndose desesperadamente con su pico.

»Como quiera que fuese, el encantamiento se había suspendido o por lo menos se había suspendido en parte. Yo no estaba ni a metro y medio de Tweel. Aquella era una lucha terrorífica, pero conseguí levantar mi pistola y disparar un proyectil Boland contra la bestia. Un chorro de horrible corrupción negra nos manchó a Tweel y a mí y creo que su repugnante hedor ayudó a destruir la ilusión de aquel valle de belleza. Conseguimos apartar a Leroy del dominio que lo embaucaba y los tres retrocedimos tambaleándonos. Tuve la suficiente presencia de ánimo para empuñar mi cámara y tomar una instantánea del valle, pero apuesto lo que queráis a que no mostraré más que una yerma extensión gris y horrores retorcidos.

Jarvis hizo una pausa y se estremeció.

_Nos arrastramos hasta la nave auxiliar, te llamamos e hicimos todo lo posible por recuperarnos. Leroy tomó un buen trago de coñac; no nos atrevimos a probar los remedios que nos ofrecía Tweel porque su metabolismo es tan diferente del nuestro, que lo que para él era curación, para nosotros podía ser la muerte. Pero el coñac pareció causar efecto y por eso, después que hube cumplido con otra cosa que necesitaba hacer, regresamos. Eso es todo.

_¿Eso es todo? _inquirió Harrison_. Así pues, habéis resuelto todos los misterios de Marte, ¿no?

_¡Ni muchísimo menos! _replicó Jarvis_. Quedan numerosísimas preguntas por contestar.

_Sí _intervino Putz_. La evaporación... ¿cómo consiguen detenerla?

_¿En los canales? Me hice la misma pregunta al considerar su enorme extensión y la baja presión del aire. Lo lógico sería pensar que pierden muchísima agua, Pero la respuesta es simple: recubren el agua con una capa de petróleo.

Putz asintió con la cabeza, pero Harrison intervino:

_Eso es absurdo. Disponiendo solamente de carbón y de petróleo, esto es, de energía por combustión o eléctrica, ¿de dónde sacaron la energía necesaria para construir todo un sistema planetario de canales, de miles y miles de kilómetros? Recordad la tarea que representó para nosotros equilibrar los niveles entre los océanos en el canal de Panamá...

_La respuesta es fácil _sonrió Jarvis_, Consiste en la gravedad marciana y en el aire marciano, Piénsalo: Primeramente, la suciedad que extraían aquí sólo pesaba la tercera parte de lo que habría pesado en la Tierra. En segundo lugar, una máquina de vapor aquí lucha contra muchísima menor presión del aire que en la Tierra. En tercer lugar, aquí podían construir máquinas tres veces mayores sin el peso que habrían representado entre nosotros. Y, por último, todo el planeta está casi al mismo nivel. ¿Qué te parece mi razonamiento, Putz?

El ingeniero asintió.

_Sí, la máquina de vapor es aquí veintisiete veces más eficaz que en la Tierra.

_Entonces, ¿en qué consiste el último misterio? En eso precisamente, ¿no? _sugirió Harrison.

_¿Estás seguro? _inquirió Jarvis sarcásticamente_, Pero, ¿cuál era la naturaleza de aquella enorme ciudad vacía? ¿Para qué necesitan .los marcianos canales, si nunca los hemos visto comer o beber? ¿Visitaron realmente la Tierra antes del alborar de la Historia y qué energía impulsaba sus naves, si no era la energía atómica? Puesto que la raza de Tweel parece necesitar poca o ninguna agua, ¿están meramente trabajando en los canales a favor de criaturas superiores? ¿Hay otras inteligencias en Marte? Si no las hay, ¿qué era aquella rata con cara de demonio que vimos sobre

el .libro? He ahí unos cuantos misterios por descifrar.

_Y algún otro que se me ocurre _gruñó Harrison, disparando de pronto una mirada llameante contra el bajito Leroy_. ¡Tú y tus visiones! «¡Yvonne!», ¿eh? El nombre de tu mujer es Marie, ¿no es cierto?

El bajito biólogo se arreboló.

_Sí _reconoció lastimeramente. Dirigió al capitán unos ojos implorantes_. En París todo el mundo podría pensar otra cosa. No le dirás nada a Marie, ¿verdad?

Harrison soltó una pequeña carcajada.

_No es asunto mío _dijo_. Otra pregunta más, Jarvis: ¿Qué era, esa otra cosa que tenías que hacer antes de volver aquí?

La expresión de Jarvis sé tomó recelosa.

_Ah..., eso, _Vaciló_. Bueno, me pareció que le debíamos mucho a Tweel, por lo que, con un poco de trabajo, lo metimos en el cohete y lo llevamos a los restos del anterior. Y allí _acabó como disculpándose_ le enseñé el motor atómico, lo puse en funcionamiento y se lo di.

_¿Que se lo diste? _rugió el capitán_, ¿Que le diste algo tan poderoso a una raza extraña, a una raza que algún día puede ser una raza enemiga?

_Sí, se lo di _dijo Jarvis_, Mira _arguyó defensivamente_, Esta miserable y reseca píldora desértica llamada Marte nunca podría servir de mucho a la más pequeña población humana. El desierto del Sahara es un campo mucho más apropiado para cualquier disputa imperialista, y está más cerca de casa. Por eso nunca tendremos como enemigos a los de la raza de Tweel. El único valor que encontraremos aquí es el trato comercial con los marcianos. Entonces, ¿por qué no había de ofrecerle a Tweel una oportunidad de supervivencia? Disponiendo de energía atómica, podrán explotar su sistema de canales a un ciento por ciento, en lugar de sólo a un uno por cinco, como han demostrado los comentarios de Putz Podrán repoblar esas ciudades fantasmales; podrán reanudar el cultivo de sus artes y sus industrias; podrán comerciar con las naciones de la Tierra y, estoy seguro, podrán enseñarnos unas cuantas cosas, si... _hizo una pausa_, si saben manejar el motor atómico. Apostaría cualquier cosa a que sabrán. No tienen nada de tontos Tweel y sus marcianos de cara de avestruz.